

Una lectura crítica de las Crónicas más desconocidas de la presencia hispana en los Estados Unidos

Francisco Castilla Urbano (editor), *Crónicas y testimonios hispanos en los actuales Estados Unidos (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Libros de la Catarata/ Instituto Franklin, 2023. 302 páginas

Alberto G. Ibáñez
Instituto de Estudios de la Democracia
Universidad San Pablo de Madrid (España)

El libro es una obra colectiva coordinada por el catedrático de filosofía de la Universidad de Alcalá Francisco Castilla Urbano, quien también redacta el capítulo introductorio. El resto son doce capítulos a manos de otros tantos profesores, nueve de ellos en universidades de EEUU, y tres en Universidades españolas: Pública de Navarra, Sevilla y Francisco de Vitoria. Comentar un libro colectivo, y más con tantos autores, resulta siempre una tarea dificultosa, en lo que es una reseña de extensión necesariamente limitada.

La obra se centra en analizar a unos cronistas que desarrollaron su función en el actual territorio de los Estados Unidos (EEUU), entonces pertenecientes al Virreinato de Nueva España, que han solido recibir menos atención e interés, e incluso puede decirse que han sido marginados con la excepción de un par de ellos (p. 85), en relación con los que relataron las gestas y eventos más conocidos en el centro y sur de América. Ello sería cierto con la excepción de *La Florida del Inca* de Garcilaso de la Vega, que sin embargo recibe una interpretación novedosa.

Cabe enmarcar esta iniciativa en la tendencia creciente a sacar del olvido (probablemente interesado), en que había permanecido hasta la fecha, el pasado hispano de los actuales EEUU. En esa línea están trabajando instituciones como *The Hispanic Society*, *The Hispanic Society of America*, *The Spanish Legacy*, cada una con su enfoque e interés. La participación del Instituto Franklin-UAH en la publicación de este libro muestra que otra institución norteamericana, asimismo con su enfoque particular, se suma a dicha tendencia, de lo que en principio hay que felicitar.

El estudio de las crónicas tiene una larga tradición, si bien presenta siempre la dificultad de su gran número y por tanto de los criterios de selección. Cabe

recordar el “Diario de a bordo” de Cristóbal Colón de 1492 (primer cronista, aunque tiende a olvidarse) o el *Mundus Novus* de Américo Vespucio, 1504 —libro que también meritaba un estudio crítico por las numerosas dudas de veracidad que suscita—. Desde entonces, un gran número de exploradores o “conquistadores” —término por cierto que tiene un significado más negativo en inglés que en español— escribieron sus crónicas. Podría recordarse en este sentido también a Ramón Pané, ermitaño de la orden de los jerónimos, considerado el primer cronista del Nuevo Mundo por su obra *Relación de las antigüedades de los indios* (1498), hecha por encargo del propio Colón, siendo también el primer evangelizador, antropólogo, etnólogo de América, y el primer misionero que estudió y aprendió una lengua indígena: el taíno. Estas obras, no obstante, caen fuera del ámbito del libro comentado referido, como reza el título, a los territorios del norte.

Natalia Denisova ha recogido casi trescientas crónicas, resaltando que el Imperio español es el que cuenta con más fuentes escritas, porque permitió a sus ciudadanos que escribieran con profusión. De ahí que sea el que también ofrece más base documental para la crítica, sobre todo a la luz de la nueva “historia de los vencidos” que trata de poner en valor la visión de los indígenas frente a la de los conquistadores, y que es dentro de la que cabe enmarcar también el libro comentado, al menos en su mayor parte¹. Otra dificultad intrínseca a la tarea de analizar documentos de hace cuatro o cinco siglos es que permiten diversos enfoques interpretativos, pues como ya resaltara Nietzsche “todo es interpretación”, algo que concretaría luego Umberto Eco². Las crónicas permiten aproximaciones positivas o negativas, filológicas, históricas, literarias o incluso culturales. Así se ha destacado incluso su función de traducción calificando a los cronistas-traductores como agentes del trasvase lingüístico y cultural al servir sus obras para formas imágenes de las culturas extranjeras³.

Por tanto, esa importante base documental es relevante para conocer lo que allí pasó, para bien o para mal, pero también permite o exige analizar y cuestionar la pretendida objetividad y verosimilitud de contribuciones del libro ponen su atención. De hecho, un título más fidedigno del libro, que adelantara al potencial lector de lo que se va a encontrar en sus páginas podría ser: *Exégesis crítica de las crónicas y testimonios hispanos en los actuales Estados Unidos*.

Hechas estas precisiones, necesarias para poner en contexto la obra referenciada, pasamos a su comentario capítulo por capítulo. En la “Introducción”

¹ N.K. Denisova, *Filosofía de la Historia de América: Los cronistas de Indias en el pensamiento español I y II*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2017. No obstante, esta investigadora destaca las crónicas de dos indígenas que pondrían en cuestión el enfoque “de los vencidos”: el de Felipe Huamán Poma de Ayala, indígena peruano, que propone acabar con los mestizos, considerando al matrimonio interracial como el peor de los crímenes; y Fernando del Alva Ixtlilxóchitl, indígena con tres abuelos españoles que llegó a ser gobernador.

² Umberto Eco, *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1998.

³ David Pérez Blázquez, “La aportación de los cronistas al conocimiento de América: ¿un caso marginal de traducción?” *Bibliotheca Augustiniana*, vol. VI (2016) enero-junio, pp. 44-85

del profesor Castilla Urbano se hace un primer análisis de lo que fue la presencia de España en el territorio de los EEUU, ofreciendo la base conceptual que presidirán la mayor parte de contribuciones. Contra la presunción de que la actividad del Imperio español fue en el norte más pacífica que en el sur pues no existieron grandes guerras y se privilegiaron acuerdos y pactos con los indios a través, principalmente, de jesuitas y franciscanos, el profesor Castilla pone el acento en que el contacto con los españoles provocaría la desaparición de muchas poblaciones y el éxodo de otras (p. 12); en que “aventureros ávidos de ganar dinero con rapidez” esclavizaron a los indios en todo el territorio, pero especialmente en la península de Florida (p.14); que la mayor parte de las expediciones acabaron en fracaso (p. 25) o que la obra evangelizadora aquí no funcionó, a diferencia de lo que ocurriría en el sur (se dice Nueva España, pero en realidad todos los territorios formaban parte del mismo Virreinato), pues la mayor parte de los indios no se convirtió al catolicismo (pp. 27-32), como tampoco funcionaría el mestizaje (pág. 35).

La única comparación con el enfoque seguido por el Imperio anglosajón más al norte, para poner en contexto esas actuaciones, no se hace como sería tal vez esperable destacando la política más agresiva de los anglosajones hacia los indígenas (lo que se reflejaría en el hecho de que apenas existen indios al norte del Río Grande y el papel que juegan las “reservas”), sino señalando que “el dominio inglés representaría una temprana modernidad que, sin renunciar a la explotación del suelo, se asentaría sobre el comercio”, mientras la herencia española representaría un sustrato medieval caracterizado por la búsqueda del oro, la adquisición de la tierra y la pretensión evangelizadora (p. 34), siendo “en definitiva el resultado final en cuanto a la relación con los indios muy semejante” (p. 36). Se echan en falta en ese análisis algunos matices, como el fenómeno de la búsqueda de oro en California y sus efectos devastadores para los indígenas, el respeto que se ofreció por el Imperio hispano a las tierras comunales de los indios hasta que llegaron las independencias, la humanización que supuso el cristianismo en relación con ciertas prácticas indígenas, o alguna referencia al significado del Fuerte Mosé, precisamente en Florida, lo que serviría para matizar algunas acusaciones demasiado taxativas en el terreno de la esclavitud⁴.

Otro aspecto que llama la atención de este capítulo introductorio, pero que se extiende a otros posteriores, es la función de contraste histórico de autoridad que se otorga a la *Brevísima relación* del padre Las Casas o a su *Apologética*, frente a los cronistas analizados (pp. 57 y 70). Y ello sorprende más, pues el propio profesor Castilla en un estudio, casi pionero en el mundo académico de 2016,

⁴ El término “hispano” en los actuales EEUU parece referirse mayormente a las personas provenientes de México y de otros países más al sur, pero no por ello conviene renunciar a su significado original más amplio que abarcaría a todos los habitantes del antiguo Imperio español que se expresan en esa lengua. Por otra parte, en contra de las aproximaciones más reduccionistas conviene igualmente recordar que la labor “conquistadora” no fue realizada exclusivamente por españoles europeos sino también por criollos, mestizos o los propios indígenas (como en el caso de los tlaxcaltecas en México) sin cuyo concurso no se explica como tan pocos pudieron vencer a tantos.

tomaba nota de los aspectos discutibles, en términos de verosimilitud objetiva, de la obra lascasiana así como de sus traducciones⁵. Sorprende igualmente que no se haga en el libro una referencia siquiera indirecta a la labor del padre Fray Junípero Serra, aunque sea como contrapunto posterior.

En cuanto a las contribuciones sectoriales, en la primera, el profesor Maura, de la Universidad de Vermont, destaca las “inconsistencias cronológicas en *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca”. Admite que el texto de Cabeza de Vaca pasa como veraz y la buena fama de su autor al que se ha llegado a identificar con el “multiculturalismo” o el “buen salvaje”, lo que sin embargo atribuye al “buenismo” carente de base documental, así como, de forma harto paradójica, a la “tradicional identificación con el vencido” en este caso de un “conquistador” algo frustrado (p. 49). En realidad, los errores que se identifican de esta crónica no son muy significativos (Cabeza de Vaca no habría estado perdido diez años sino ocho) y su análisis tampoco se apoya en datos muy constatados (ya advertimos de la dificultad de analizar textos de cuatro o cinco siglos cuando se comparan con otros textos igualmente discutibles) con expresiones que muestran una subjetividad algo extraña en un texto académico: “eso es en realidad lo que pienso que hizo” (p. 53) o “en cierta forma confirma mis sospechas” (p. 55).

El profesor Baraibar, de la Universidad Pública de Navarra, relata la “construcción y recepción del mito de Cibola en los siglos XVI y XVII” de Fray Marcos de Niza. Es un análisis algo distinto del anterior, pues se enfoca en cómo contribuye este texto a la creación del mito de Cibola como capital de un nuevo imperio indígena por descubrir, y cómo un texto que tiene ese enfoque de utopía puede contener al mismo tiempo una voluntad o, al menos, una apariencia de verdad. Resulta interesante este enfoque, así como ilustrativa la descripción de la recepción que tuvo esa imagen mitificada en otros cronistas y exploradores a lo largo del tiempo.

El profesor Moore, de la Universidad Gardner-Webb en Boiling Springs, rescata lo que denomina un “discurso contrahegemónico” a partir de la Relación de Luis Hernández de Biedma sobre la exploración de Hernández de Soto. Destaca las referencias que hace Biedma a algunas actuaciones crueles de Soto, lo que le sirve al comentarista para poner en cuestión la imagen de caballero andante que se atribuye a Soto normalmente, razón que considera estaría detrás de que esta Relación no fuera muy tratada.

El profesor Vaccarella, de la Universidad de Montevallo, trata de la *Relaçam Verdadeira*, crónica del anónimo portugués conocido como Fidalgo de Elvas, que acompañaba a la expedición de Hernando de Soto. Estamos de nuevo ante un

⁵ Francisco Castilla Urbano, “Argumentos hispanos para la construcción de la “leyenda negra” (siglos XVI-XVII”, en M^a José Villaverde Rico y Francisco Castilla Urbano (dirs.) *La sombra de la leyenda negra*, Madrid, Tecnos, 2016, pp. 101-139, especialmente 101-115 en el epígrafe titulado “transcendencia de la obra lascasiana”. Esta obra colectiva resultó muy importante en el mundo académico pues significó la recuperación y asunción por un conjunto de profesores españoles de la leyenda negra que otros negaban.

análisis más de tipo literario, donde se destaca esta obra como el inicio de la literatura floridiana colonial, adentrándose asimismo en la figura de los intérpretes indígenas y los indios ladinos como avanzadilla de la alfabetización y de una literatura de carácter propio.

La profesora de Mora Valcárcel, de la Universidad de Sevilla, vuelve al mito de las siete ciudades con la *Relación de la Jornada de Cibola* de Pedro de Castañeda Nájera, donde destaca que se entremezclan datos objetivos relativos a aspectos geográficos, etnográficos, culturales... con datos imaginarios y fantásticos. Valora la autora que el texto recoja tanto el valor y desventura de los conquistadores como sus “flaquezas, errores y atrocidades” que cometieron con los indios, acudiendo el relator al ideal del caballero y la cruzada para explicar el fenómeno de la conquista.

El profesor Arbesú, de la Universidad de South Florida, compara *La Memoria* de López de Mendoza y *El Memorial* de Solís de Merás sobre la aventura de Menéndez de Avilés en La Florida, resaltando sus semejanzas (e.g., destacar el carácter religioso de la empresa y no prestar atención a la naturaleza, a diferencia de otras crónicas) y sus diferencias. Entre estas últimas señala que en *El Memorial* el autor está ausente del relato a pesar de lo cual es el más detallado y que más episodios problemáticos de la personalidad de Avilés aparecen. El comentarista cita a “Madrid” como centro neurálgico del Imperio (p. 140), lo que podría haber requerido una mención a que sólo lo fue a partir de 1561, cuando Felipe II traslada su corte de Toledo a la pequeña villa del centro de España.

El profesor Marrero-Fente, de la Universidad de Minnesota, analiza la obra poética de Bartolomé de Flores sobre la victoria de la expedición de Pedro Menéndez de Avilés. Volvemos pues a los estudios literarios, en este caso de la llamada “literatura de cordel”, según expresión de Julio Caro Baroja que el autor recoge. Se trata de un interesante estudio sobre poemas poco conocidos, que constituirían “la primera imagen poética de la naturaleza norteamericana del siglo XVI” (pp. 163-180).

La profesora Rodríguez, de la Universidad de California, analiza *La Relación de la Navegación* de Hernando de Alarcón, navegante español que surcó las costas de California en el siglo XVI, destacando que su viaje fue el que determinó que California era una península. Examina en particular el papel que jugaron las “cartas enterradas”, en cuanto instrumento de comunicación entre diversas expediciones, para salvaguardar la confidencialidad de actores interesados, fundamentalmente de corsarios europeos ingleses, holandeses y franceses.

La profesora de la Universidad de Maryland Benito-Vessels analiza *La Florida* de Alonso Gregorio de Escobedo, siendo tal vez una de las contribuciones más significativas. Se trata de un extenso texto del año 1600 (aproximadamente) que no había sido conocido de forma íntegra hasta hace poco, siendo su primera edición completa de 2015 elaborada por Alexandra Sununu. Volvemos al análisis histórico-literario. Por un lado, el texto destaca por relatar los excesos cometidos por los invasores (anglo-franceses) sobre los invasores españoles, pero sobre todo

por servir de puente entre la edad media castellana y una temprana modernidad novomundista, configurándose así una suerte de épica híbrida.

El profesor Mazzotti, de la Universidad de Tufts (Boston), analiza *La Florida del Inca* de Garcilaso de la Vega. Como se trata de un texto bastante conocido, el autor plantea una “reflexión sobre el trasfondo ideológico” de Garcilaso “en función de su propia autodefinición identitaria”. Más en concreto, destaca las diferencias de trato entre conquistadores extremeños y los mestizos, condición que reunía Garcilaso. En este sentido, atribuye a la obra de Garcilaso otra función diferente a la más obvia de heroificar a Hernando de Soto, sus capitanes y a los principales caciques indígenas. Por el contrario, Garcilaso plantearía “una propuesta política de reivindicación de las ‘nuevas naciones’ surgidas en las Indias”. Una conclusión tal vez un tanto atrevida, pues nos encontramos todavía en 1605, y el propio Garcilaso fue prueba de que un mestizo, incluso en esa temprana época, no sólo podía ser un afamado escritor del siglo de oro español, sino también ser nombrado señor de Arcos, militar y caballero de la Orden de Santiago y gentilhomme de la Casa de Borgoña. De hecho, Garcilaso formaba parte del séquito del Fadrique Álvarez de Toledo y Enríquez, II duque de Alba de Tormes, cuando Carlos I desembarcó en Santander en 1522.

El profesor Martín Rodríguez, profesor de la Universidad de California, estudia la *Historia de la nueva México* de Gaspar de Villagrà, impresa en Alcalá de Henares en 1610, que se compone de un poema de cerca de doce mil versos, interrumpido en varias ocasiones para incluir cartas y otros documentos. Sin embargo, en este caso, contra lo que cabría esperar, no estamos ante un análisis literario, sino de crítica histórica. El comentarista se centra en destacar que el poema de Villagrà estaría manifestando el descontento de las élites fronterizas novohispanas con los peninsulares. En este sentido, detecta un discurso “regionalista” de los criollos frente a los peninsulares, quienes, sin sus conocimientos, habrían sido favorecidos por las autoridades virreinales. Una afirmación un tanto atrevida para un texto publicado en 1610 (quedarían dos siglos para las guerras de las independencias) impreso precisamente en la España peninsular.

La profesora Chang-Rodríguez de la “City University” de Nueva York (CUNY) analiza la *Relación de los mártires de la Florida* (c. 1619) de Luis Jerónimo de Oré, un miembro de la primera generación de intelectuales hispanocriollos del virreinato del Perú. Se trata de un enfoque algo dual: por un lado, reconoce que algunos misioneros fueron martirizados por los indígenas y valora la bondad y equidad de los sacerdotes franciscanos, pero sólo para destacar seguidamente que en los viajes de exploración el secuestro de indios era una práctica habitual y que se acabó con las culturas locales a través de unas “reducciones” andinas que resultaban injustificables.

El libro se cierra con la contribución de la investigadora Navajas Josa de la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid que versa sobre el *Memorial* de 1634, dedicado al papa Urbano VIII, de Fray Alonso de Benavides, uno de los

precursores de la evangelización de la frontera norte de Nueva España. Estamos ante un análisis más bien de tipo religioso que destaca los milagros ocurridos y el valor y martirio de misioneros, en ocasiones a manos de los hechiceros, que eran sus grandes oponentes, narrados por Fray Alonso. Destaca la figura de “la Santa”, en realidad sor María de Jesús, que sería la responsable del milagro de la conversión de los jumanos, sin haber salido de convento en Ágrede. Esta influencia llegaría hasta el día de hoy, resaltando la comentarista que en 2008 el estado de Nuevo México se hermanó con Ágrede poniendo de punto de conexión precisamente a sor María.

En resumen, un libro colectivo con aportaciones de distinto signo y enfoque, que merece en todo caso una lectura por abordar crónicas menos conocidas de la presencia española en América y por hacerlo, en ocasiones, con enfoque novedosos, al tiempo que permite observar las aproximaciones dominantes en esta materia entre los profesores hispanos que trabajan en Universidades estadounidenses, la mayoría de los co-autores del libro.

